OPINIÓN

El dolor tiene cuerpo

Por Juan Manuel Lira · 31 de marzo de 2026 · 4 min de lectura



La Semana Santa suele convocar lecturas religiosas, históricas o culturales. Pero hay otra, menos transitada, que también merece atención: la del cuerpo. Más allá de la fe de cada uno, la pasión de Cristo puede leerse como la historia de un cuerpo llevado al límite del dolor. Y esa mirada, lejos de ser irreverente, abre una reflexión profundamente humana y pública: ¿qué hacemos, como sociedad, frente al sufrimiento físico?

Durante siglos, el dolor fue visto como una prueba moral, un destino inevitable o incluso una forma de redención. La medicina moderna vino a desmontar, al menos en parte, esa resignación.

Hoy sabemos que el dolor no es una nebulosa espiritual ni una metáfora literaria. Tiene trayectorias fisiológicas concretas. La hemorragia reduce el volumen circulante, la dificultad respiratoria altera el equilibrio del organismo, el agotamiento extremo deteriora funciones vitales, y el miedo mismo deja huellas químicas y hemodinámicas en el cuerpo. El sufrimiento, dicho de manera simple, también es materia.

Por eso no deja de ser significativo que algunos estudios médicos hayan intentado reconstruir, con prudencia clínica, la muerte de Jesús. Uno de los trabajos más citados (*Journal of the American Medical Association 1986*) propuso hace décadas que el desenlace pudo deberse a una combinación de choque hipovolémico, asfixia por agotamiento y colapso cardiocirculatorio.

No se trata de reducir una creencia a un dictamen forense, ni de convertir la ciencia en árbitro de la fe. Se trata, más bien, de reconocer algo elemental: detrás de una de las escenas más poderosas de la tradición occidental hay también un cuerpo lacerado, exhausto, sediento y expuesto a una violencia extrema.

Y ese reconocimiento importa hoy porque la salud pública, en su mejor sentido, comienza allí donde una sociedad decide que el dolor ajeno no debe ser naturalizado.

México ha discutido durante años sobre instituciones, presupuestos, cobertura, modelos de atención y reorganización del sistema. Todos esos debates son necesarios. Pero a veces se pierde de vista una pregunta más básica y decisiva: cuando una persona sufre, ¿el sistema responde con oportunidad, competencia y dignidad? Para demasiados mexicanos, la respuesta sigue siendo incierta.

El problema no es solo la enfermedad. Es la espera interminable en urgencias. Es la fractura que aguarda horas sin atención suficiente. Es el paciente oncológico que llega tarde al alivio paliativo. Es la familia que recorre consultorios, hospitales y farmacias mientras el cuerpo del enfermo se deteriora. Es, en suma, la burocratización del sufrimiento. Y pocas cosas resultan más graves en un sistema de salud que convertir el dolor en trámite.

La gran lección civilizatoria de la medicina no consiste únicamente en curar más, sino en comprender mejor el padecimiento humano y aliviarlo de manera más justa. Eso supone fortalecer la atención del trauma, ampliar el acceso real a los cuidados paliativos, reducir desigualdades territoriales y formar profesionales capaces no solo de diagnosticar, sino también de escuchar. Porque escuchar el dolor también es parte del acto clínico.

Semana Santa ofrece, en ese sentido, una imagen que sigue siendo contemporánea: la de un cuerpo vulnerado ante la mirada de los otros. Una comunidad se revela no solo por sus creencias, sino por la forma en que responde ante el enfermo, ante el agonizante, ante quien ya no puede sostenerse por sí mismo. También un Estado se revela ahí.

No se trata de trasladar la teología al diseño institucional ni de convertir una conmemoración religiosa en consigna pública. Se trata de advertir que una sociedad verdaderamente moderna no glorifica el sufrimiento ni admira sin más la capacidad de aguante. Lo que hace es construir condiciones para evitar el dolor evitable, atender con prontitud el dolor agudo y acompañar con humanidad el dolor irreversible.

Tal vez por eso esta temporada conserva una vigencia que va más allá del calendario litúrgico. Nos recuerda que todo proyecto civilizatorio se pone a prueba en su relación con la fragilidad humana. Y que la calidad de un sistema de salud no se mide solo en infraestructura, estadísticas o discursos, sino en algo más hondo y concreto: en su capacidad de no pasar de largo frente al cuerpo herido.

En eso, la ciencia y la compasión coinciden sin necesidad de milagros.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/el-dolor-tiene-cuerpo
Descargado el 21 de noviembre de 2026.